

Fecha: 19-08-2025
Medio: La Prensa Austral
Supl.: La Prensa Austral
Tipo: Noticia general
Título: Los interrogantes del bosque denso y silencioso de Japón que envuelve desapariciones intrigantes y leyendas ancestrales

Pág.: 24
Cm2: 726,1

Tiraje: 5.200
Lectoría: 15.600
Favorabilidad: ☐ No Definida

Los interrogantes del bosque denso y silencioso de Japón que envuelve desapariciones intrigantes y leyendas ancestrales

» No es como cualquier bosque. A los pies del Monte Fuji, este “mar de árboles” como lo definen en el lugar, abarca una superficie de 35 km² que resulta inquietante por la ausencia de sonidos. Pocos animales habitan allí y la luz apenas logra filtrarse en las copas altas. Las historias de los espíritus que murieron allí con mucho dolor y deambulan entre los árboles según el folclore local.

“Tu vida es un regalo de tus padres. Por favor, piensa en tus padres, hermanos e hijos. No te lo guardes. Habla de tus problemas”. Así dice uno de los carteles ubicados en la entrada de Aokigahara, en japonés, como un intento final de disuadir a quienes cruzan el límite con la intención de no regresar. El bosque se encuentra en la prefectura de Yamanashi, a unos cien kilómetros de Tokio, y abarca cerca de 35 km² dentro de un parque natural en la falda del Monte Fuji.

Aokigahara parece un bosque como cualquier otro: árboles altos, sombra fresca, caminos rodeados de vegetación densa. Según quienes lo recorrieron, la atmósfera se transforma a medida que se avanza. No se escuchan pájaros, ni crujidos de ramas, ni viento. El silencio resulta absoluto, denso, inquietante. Ese silencio, poco habitual en la naturaleza, es lo primero que indica al visitante que este bosque no es uno más.

Durante décadas, ganó notoriedad por la cantidad de personas que desaparecieron en la zona. Aunque no existen cifras exactas, se calcula que cada año decenas de visitantes ingresan y no regresan. Pero ese bosque no es solo escenario de tragedias: también está repleto de símbolos, leyendas y una geografía que parece diseñada para confundir tanto al cuerpo como a la mente.

Un espeso mar verde

Adentrarse en Aokigahara es como zambullirse en un océano



“Tu vida es un regalo de tus padres. Por favor, piensa en tus padres, hermanos e hijos. No te lo guardes. Habla de tus problemas”, dice el cartel.

inmóvil de árboles. No es casual que en Japón lo llamen Jukai, que significa “mar de árboles”. Desde los primeros pasos, la vegetación lo envuelve todo: es densa, cerrada, hostil al sol y al sonido. Pocos animales habitan allí y la luz apenas logra filtrarse entre las copas altas. El viento, detenido por ese espesor, ni siquiera puede entrar, y lo que queda dentro es un silencio tan profundo y extraño que parece surgir desde las mismas entrañas de la tierra. No es solo ausencia de ruido: es una sensación

física, casi opresiva, como si cada sonido fuera absorbido por el bosque antes de nacer.

Aokigahara nació del fuego. Entre los siglos VIII y XI, unas violentas erupciones del Monte Fuji remodelaron la región, aunque fue la erupción Jogan, ocurrida en el año 864, la que dejó una marca definitiva. Durante diez días, la lava fluyó sin descanso, cubriendo campos y aldeas, alcanzando la bahía de Edo y la provincia de Kai. En su avance, partió en tres al antiguo lago Senoumi, que dio origen a los ac-

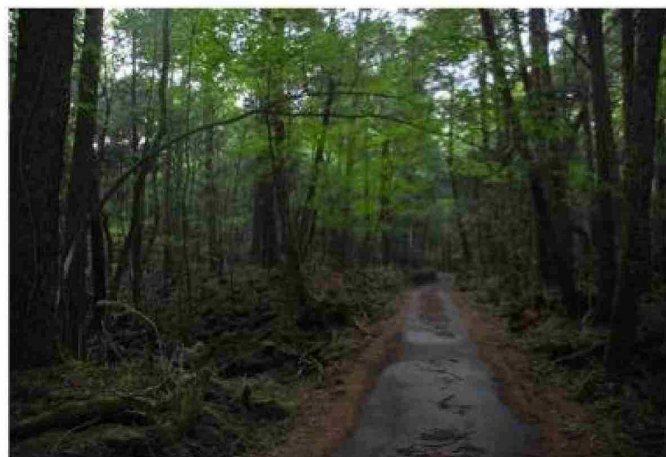
tuales lagos Sai, Shoji y Motosu. Y Aokigahara creció sobre esa tierra endurecida, oscura y porosa, salpicada de grietas, cavernas y laderas que aún conservan la textura irregular del desastre.

Cuenta la leyenda, que ese suelo volcánico tiene efectos extraños: las brújulas se desorientan, los teléfonos dejan de funcionar y el GPS resulta inútil. La orientación se vuelve un desafío incluso para los más avezados. Por eso, quienes se aventuran a internarse allí —por turismo, curiosidad o razones más oscu-

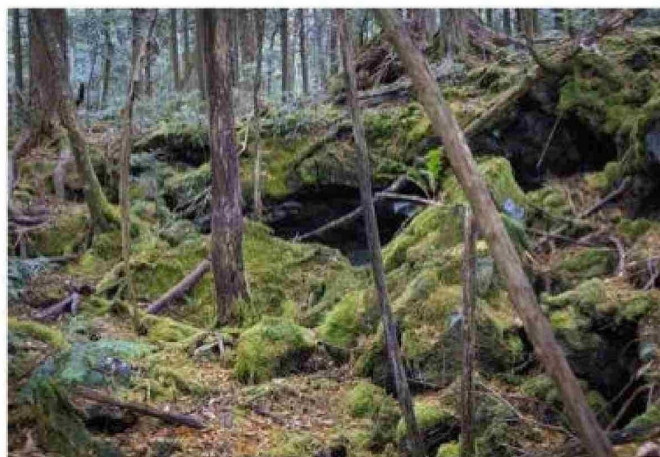
ras— suelen dejar cintas de colores atadas a los árboles, una especie de hilo de Ariadna improvisado para no perder el camino de regreso. Pero no todos lo logran. En medio de la espesura, se llegó a encontrar carpas abandonadas, mochilas a medio abrir, sogas colgando, frascos vacíos de medicamentos y, a veces, algo más terrible: restos humanos.

No es solo la geografía lo que perturba.

Durante siglos, Aokigahara estuvo cargando un simbolismo inquietante. Muchas leyendas



Los senderos suelen estar marcados con cintas de colores. Señales silenciosas de quienes no pudieron volver.



Entre raíces torcidas y caminos cubiertos de musgo, el bosque guarda rastros de quienes entraron y nunca regresaron.

Fecha: 19-08-2025
 Medio: La Prensa Austral
 Supl.: La Prensa Austral
 Tipo: Noticia general

Pág.: 25
 Cm2: 735,7

Tiraje: 5.200
 Lectoría: 15.600
 Favorabilidad: ☐ No Definida

Título: Los interrogantes del bosque denso y silencioso de Japón que envuelve desapariciones intrigantes y leyendas ancestrales



Imponente y sereno, el Monte Fuji observa desde lo alto el bosque que nació de su furia milenaria.

locales hablan de los yurei, espíritus de quienes murieron con profundo dolor, tristeza o rencor. Por eso, también se lo conoce como "Bosques de los suicidios". Hay quienes creen que está lleno de esas presencias, especialmente por las prácticas del pasado: durante el Japón feudal, en épocas de hambrunas, se dice que las familias más pobres abandonaban allí a sus ancianos, incapaces de alimentarlos. Esta costumbre, conocida como ubasute, habría sembrado el bosque de almas errantes. Hoy cuentan que esos espíritus aún deambulan entre los árboles. Por eso, Aokigahara no solo es un lugar difícil de atravesar físicamente. Es un espacio que también puede desorientar emocionalmente, como si su carga invisible pesara sobre quienes cruzan sus senderos.

Una carga cultural entre sombras y tinta

Además de resultar difícil de atravesar, Aokigahara también puede desorientar emocionalmente, como si una carga invisible pesara sobre quienes recorren sus senderos. Con el tiempo, esa sensación se vio influida tanto por leyendas como por la cultura popular. Según la



La espesura de Aokigahara atrapa la luz y el sonido: un mar verde inmóvil donde reina un silencio casi irreal.

leyenda, la práctica del ubasute —que históricamente no fue comprobada— arraigó en el imaginario japonés. La antigua idea del abandono se entrelaza con el silencio y la soledad del bosque, creando un aura espiritual marcada por la presencia de yurei, los espíritus errantes del folclore japonés.

A esa idea se sumó la literatura. En 1960, la novela Nami no To (La torre de las olas), de Sei-

cho Matsumoto, contó la historia de una pareja de enamorados que decidió quitarse la vida en el corazón del bosque. El libro, popular en su momento, contribuyó de manera definitiva a reforzar la reputación fúnebre de Aokigahara. Años después, en 1993, el polémico Manual completo del suicidio, de Wataru Tsurumi, recomendaba explícitamente al bosque como un "lugar ideal" para morir... Aunque el texto fue

prohibido, su circulación clandestina alimentó la leyenda urbana moderna que convirtió al bosque en una especie de "destino final" para las almas en pena.

El eco de Aokigahara llegó también al cine. En 2016, se estrenó la película de terror The Forest, inspirada en la historia del bosque y en sus asociaciones paranormales, lo que reforzó su mística macabra ante una audiencia internacional. Pero

no todo fue ficción: en 2018, el escándalo protagonizado por el youtuber Logan Paul, quien filmó y publicó el cuerpo de una víctima en el bosque mientras hacía bromas frente a cámara, desató una ola de indignación en todo el mundo. Aunque luego pidió disculpas, eso puso en evidencia la delgada línea entre la curiosidad y el morboso por el dolor ajeno.

Para muchos japoneses, sin embargo, Aokigahara no se trata sólo de un lugar lleno de muerte, sino también un símbolo silencioso del aislamiento social y la presión cultural que afecta a miles de personas. En un país donde el silencio suele pesar más que las palabras, el suicidio sigue siendo la principal causa de muerte entre los hombres jóvenes. Y aún persisten ideas de honor que vinculan la muerte con la dignidad.

En ese contexto, Aokigahara no es solo un lugar: es un espejo oscuro donde se reflejan las angustias que muchos no logran poner en palabras. Un escenario callado para un drama humano que, demasiado a menudo, se vive en soledad y se muere en silencio.

Por Fernanda Jara
Fuente: Infobae